

# Boletín de bibliografía spinozista N.º 15

## *Spinoza's Bibliographic Bulletin* N.º 15

ANDRÉS, Ramón: *El luthier de Delft. Música, pintura y ciencia en tiempos de Vermeer y Spinoza*, Barcelona, Acantilado, 2013, 325 p.

“Mirada, geometría, espacio, intelecto” (p. 16). Con estas palabras sintetiza el autor, Ramón Andrés, el marco que encuadra toda una época, el siglo XVII, y un país, Holanda, y que él trata de recoger en este libro a través de dos hilos conductores: la pintura y la música que tan bien conoce. Su descripción plástica y armónica es, además, fiel reflejo de su amor por el oficio de los hacedores de instrumentos musicales, los luthiers o violeros. Ramón Andrés (Pamplona, 1955) se inició en su juventud como cantante de repertorio medieval y renacentista con instrumentos antiguos. Su inmensa cultura ha quedado demostrada en obras destacadas sobre el profundo sentido de la música para el hombre: *Diccionario de instrumentos musicales. Desde la Antigüedad a J. S. Bach* (Península, 1995-2001), *W. A. Mozart* (Robinbook, 2003-2006); y en la editorial Acantilado, *Johann Sebastian Bach. Los días, las ideas y los libros* (2005), *El mundo en el oído. El nacimiento de la música en la cultura* (2008), *No sufrir compañía. Escritos místicos sobre el silencio* (2010), hasta el reciente *Diccionario de música, mitología, magia y religión* (2012), por citar sólo algunos de sus títulos.

Nadie mejor que este gran investigador musical, ensayista y poeta –afincado en Barcelona– para acercarnos al corazón donde se fragua el sonido. Con paciencia, precisión y un eruditismo abrumador va desenredando la madeja de un mundo hoy perdido. Gracias al gusto por un lenguaje rico y sabedor de aquello que paladea hasta el último detalle, el autor nos adentra en los talleres de

innumerables luthiers –y no sólo del siglo XVII ni de Holanda, puesto que su recorrido es mucho más amplio en el espacio y en el tiempo–, y aprendemos los secretos de su hacer: olemos las maderas preciosas traídas de medio mundo, asomamos nuestros ojos asombrados dentro de los violines, sentimos su textura, nos regocijamos con los adornos pictóricos que nos hablan del cuidado con que emergían violas da gamba, virginales, laúdes, cítaras, tiorbas... Y atendemos con respeto al momento sagrado de la rigurosa afinación.

El punto de sutura para tan misceláneo periplo es un cuadro de Carel Fabritius, *Vista de Delft con el puesto de un vendedor de instrumentos musicales* (en él aparece un luthier como observador privilegiado), que sirve de introito al libro y al que Andrés vuelve de cuando en cuando para recordarnos que una de las mejores maneras de recuperar aquellos sonidos silenciados es la mirada de la pintura. Numerosas son las reproducciones de cuadros de la época que acompañan y facilitan el esfuerzo recreador del ensayista (lástima que sean en blanco y negro y no aparezcan todos los mencionados).

En esta minuciosa historia de la vida cotidiana no podían faltar unas pinceladas weberianas sobre el papel de la mujer en aquella avanzada Holanda; papel dignificado por el calvinismo a través de las tareas domésticas que incluían la lectura, la escritura, pero sin sobrepasar nunca el ámbito privado, y relegado lo femenino a un lugar subsidiario. Tampoco olvida Andrés el lado mórbido de las condiciones de vida, entre epidemias, guerras y escasas condiciones de higiene. Pero siempre rescata y describe con mimo los interiores pictóricos de serena intimidad, con Vermeer como pintor recurrente, bien guarnecido por la casi totalidad de sus

coetáneos, y con un motivo central: la música simbolizada por los instrumentos, que en un cuadro sí y en otro también, constituyen un precioso museo para conocer aquel mundo y aventurar cómo podrían sonar entonces las notas arrebatadas a una cítara o a un virginal, dos de los instrumentos en los que se detiene el autor.

En cuanto al subtítulo del libro, señalo que si bien las referencias a Vermeer son ineludibles tratándose de pintura, los guiños a Spinoza con los que nos regala Ramón Andrés son aderezos que no añaden nada esencial a esta costura ensayística. El oficio de pulidor de lentes del filósofo judío se convierte en telón de fondo para un gran despliegue de conocimientos por parte del musicólogo en torno a la óptica (incluidas las ilusiones, anamorfosis y la perspectiva) y otros avances científicos. De vez en vez, el nombre de Spinoza reaparece a través de algunos datos biográficos o ciertos tópicos sabidos acerca de la geometría, la razón, la alegría o la unidad, y en cuya lectura resuena Deleuze. En cualquier caso, se agradece esta complicidad spinoziana, fruto de la admiración –confesada por el mismo Andrés en algunas entrevistas– hacia el ideal de vida equilibrada que encarna Spinoza, “la de un espectador ecuánime”. Y refleja asimismo la vigencia del filósofo holandés y cómo su nombre –“maldito” en el pasado– resulta atractivo para el mundo editorial actual.

Considero que uno de los capítulos más logrados de esta obra es el titulado “La entrada en el taller”, donde la unidad armónica se hace audible. Y también nos entretiene el repaso a las vidas azarosas de algunos pintores holandeses a través de un paseo rotulado “Un museo musical”. Pero quizás sea éste un libro más leibniziano (también Leibniz se halla presente) que spinoziano, por su variedad y la dificultad añadida de ensamblar tal caudal de informaciones. Incluso el propio autor busca un acuerdo apacible entre contrarios, mediado por la sonoridad contrapuntística e innovadora de un músico holandés extraordinario, Jan Pieterszoon Sweelinck, precursor de Bach y artífice de una música sólida y bien trabada, “de orden geométrico” y en “búsqueda de inmanencia, meditación”, en palabras de Andrés: “Apasiona observar cómo aquel hombre discreto y afable, reacio a los viajes y a las solemnidades, pudo formular la música, aunque de manera incipiente, como un fluir de contrarios y metáfora de lo múltiple, como unidad y, a la vez,

desintegración, una visión con la que hubieran estado de acuerdo Spinoza y Leibniz, que vinieron muy poco después” (p. 232).

En suma, lo más destacado de este ensayo es que rezuma una curiosidad insaciable (prueba generosa constituye el apéndice final con una esmerada bibliografía comentada), y transmite amor por la música. Sonidos, estampas, datos mil son los que habitan estas páginas, pero especialmente nos queda la sensación de una lectura plácida en medio de una habitación de suelo geométrico, apenas iluminada por la luz nórdica que se filtra a través del ventanal, mientras nuestra mirada asiste al devanar de ideas en un espacio silencioso.

Pilar BENITO

BROCHARD, Victor: *Études de Philosophie Ancienne et Moderne. Le Dieu de Spinoza*, Paris, Ed. Manucius, 2013, 99 p.

El volumen contiene dos trabajos sobre Spinoza publicados en 1912 como capítulos 4 y 5 de los *Études de Philosophie Ancienne et Moderne*. Uno de los escritos trata sobre la eternidad de las almas en la filosofía de Spinoza, el otro reflexiona sobre la inspiración judía del Dios de Spinoza. Ambos documentos tienen un denominador común: la relación de la filosofía de Spinoza con la antigua tradición judía que se remonta hasta Filón de Alejandría y Plotino.

“L’ététernité des âmes dans la philosophie de Spinoza” (pp. 77-99) es una consideración de la proposición 23 de *Ética V* que afecta a la doctrina de la eternidad de las almas. ¿Cómo pensar esta tesis? Victor Brochard se separa de quienes han querido ver en ella una suerte de eternidad impersonal al modo del entendimiento agente aristotélico, y a la vez se aleja de quienes la piensan en términos de pura posibilidad. La interpretación del autor se apoya en una concepción individual y personal de la eternidad. Los argumentos son diversos: nociones como beatitud, salvación y gloria implican su aplicación a un modo de ser individual y consciente. Además hay que añadir el significado individual de la idea de perfección; el auxilio definitivo viene proporcionado por la misteriosa fórmula: “Sentimur experimurque nos aeternos esse” (E V 23 esc.). Todo este conjunto de tesis sustenta su